



# EL ORBE DE LOS DRAGONES

Las Crónicas Perdidas II



MARGARET TRACY  
**WEIS HICKMAN**

Después de El Mazo de Kharas llega la esperadísima segunda parte de Las Crónicas Perdidas de la Dragonlance. La temida Dama Azul, Kitiara, pone en marcha un complot que conducirá a los caballeros solámnicos hasta el límite del glaciar en busca del Orbe de los Dragones, y su rival Laurana inicia un viaje hacia su destino cuando Sturm, Flint, Tasslehoff y ella se unen a los caballeros en su peligrosa misión.

Pero es Kitiara la que afronta un reto crucial. Jura pasar la noche en el lugar más temido de Krynn: el alcázar de Dardaard. Nadie que se haya aventurado en ese sitio pavoroso ha vuelto para contarlo, pero Kit tiene que enfrentarse a Soth o afrontar la muerte a manos de su reina.

## PREÁMBULO

*(La historia hasta ahora).*

Muchos años después de la Guerra de la Lanza, a un miembro de la Orden de los Estetas, una mujer llamada Lillith Cuño, se le ocurrió la idea de invitar a los niños de Palanthas a visitar la Gran Biblioteca para oír relatos de la historia de Krynn. Por entonces, Lillith era una de las Estetas más poderosas e influyentes, superada únicamente por Bertrem, y a pesar de que muchos de los otros Estetas se alarmaron ante la perspectiva de dedos pringosos, narices mocosas y voces chillonas que perturbarían sus estudios, Lillith se salió con la suya.

Lillith Cuño no llegó a casarse —algunos dicen que en su corazón guardaba una pena secreta— pero le encantaban los niños y era una excelente historiadora; tanto, que muchos de los padres que llevaban a los críos se quedaban a escucharla.

Como es posible que vosotros, nuestros lectores, no hayáis leído las aventuras de nuestros héroes desde hace mucho tiempo —o quizá nunca hayáis leído nada sobre ellos antes de abrir este libro—, decidimos que sería aconsejable quedarnos hoy para oír lo que cuente Lillith. Va a relatar a los pequeños la historia de dos mujeres importantes en la vida de uno de los héroes: Tanis Semielfo. Las mujeres, Laurana y Kitiara, son protagonistas del libro que ahora sostenéis en las manos.

Antes de entrar de lleno en el relato, Lillith hace un resumen de lo que ha ocurrido antes. Escuchemos...

—Siete amigos juraron reunirse en Solace tras cinco años de ausencia, durante los cuales, aparentemente, fueron en busca de algún indicio de los verdaderos dioses, pero en realidad se buscaban a sí mismos.

»Éstos siete amigos eran Tanis Semielfo, los gemelos Raistlin y Caramon Majere, el enano Flint Fireforge, el incontrolable kender Tasslehoff Burrfoot, el caballero Sturm Brightblade y Kitiara Uth Matar, media hermana de los gemelos.

»Sturm y Kit partieron hacia el norte, en dirección a Solamnia, en busca de información sobre sus respectivos padres desaparecidos. Los demás tomaron caminos distintos. Todos regresaron a la posada en la fecha acordada excepto Kitiara, que envió un mensaje a El Último Hogar para avisar que no iba. La noticia entristeció y decepcionó profundamente a Tanis, que estaba enamorado de Kit.

»La llegada a la posada de una misteriosa mujer que llevaba un báculo con un cristal azul provocó que los otros seis amigos se encontraran metidos de repente en una aventura conocida como *El retorno de los dragones*. Los acontecimientos llevaron a nuestros héroes desde Solace a la ciudad maldita de Xak Tsaroth, donde los verdaderos dioses se manifestaron y les entregaron los Discos de Mishakal. Se decía que los discos contenían el conocimiento de los verdaderos dioses, pero nadie sabía leerlos, y partieron en busca de alguien que pudiera descifrarlos.

»De vuelta en Solace, Tanis se había encontrado con un viejo amigo, un elfo llamado Gilthanas. Tanis y Gilthanas se habían criado juntos y antaño habían estado muy unidos, pero, desde entonces, el tiempo y las circunstancias habían cortado esos lazos. Las tropas de un presuntuoso hobgoblin, Fewmaster Toede, los hicieron prisioneros a todos. Transportaban a los esclavos a la ciudad de Pax-Tharkas, enjaulados en carros con barrotes, cuando los rescató un

grupo de elfos. Era una partida pequeña, en contra de todo lo que Fewmaster contaría después.

»En el grupo de elfos, Tanis reconoció a Porthios, hermano de Gilthanas. Al enterarse de que los compañeros aseguraban haber encontrado evidencia del regreso de los verdaderos dioses y de que habían recuperado para el mundo el poder de la curación, Porthios condujo a Tanis y a sus amigos a Qualinost.

»Allí, Tanis se reencontró con una joven con la que había estado comprometido en el pasado, hija del Orador de los Soles: Laurana. La elfa aún lo amaba, pero Tanis había dejado de quererla. Su amor por Kitiara seguía siendo apasionado y rompió el compromiso por los sentimientos encontrados que le dividían el corazón, aunque en realidad el padre y los hermanos de ella nunca habían aprobado su relación. Por las venas de Tanis corría también sangre humana.

»Los elfos convencieron a Tanis y a sus amigos para que fueran a la ciudad de Pax Tharkas, gobernada por el Señor del Dragón Verminaard. Tanis y su grupo planearon una revuelta de los esclavos con la esperanza de impedir que los ejércitos de los dragones, que amenazaban a los elfos, lanzaran un ataque contra Qualinost y dar así a los elfos ocasión de escapar al exilio para ponerse a salvo.

»Los amigos, a los que acompañaba Gilthanas como guía, emprendieron la marcha hacia Pax Tharkas. Dolida por el rechazo de Tanis, Laurana huyó de casa para estar con él. Tanis intentó hacer que regresara, pero la joven se opuso y no dio su brazo a torcer. De camino a Pax Tharkas, se les unió un hombre llamado Eben Shatterstone que aseguraba haber escapado del ejército de los dragones, pero que era en realidad un espía del Señor del Dragón Verminaard.

»Los héroes entraron a hurtadillas en Pax Tharkas y se mezclaron con los esclavos. Allí conocieron a un hombre llamado Elistan que se estaba muriendo de una enferme-

dad que lo consumía, pero Goldmoon, una nueva seguidora de la diosa sanadora Mishakal, rogó a la deidad por él. Elistan se curó y quiso saber más cosas sobre esos dioses. Goldmoon le mostró los Discos de Mishakal y resultó que él sabía leerlos. Se hizo clérigo de Paladine y trabajó para dar a conocer la existencia de los verdaderos dioses al resto de las personas esclavizadas en Pax Tharkas.

»Tanis y sus amigos dirigieron a los esclavos en la revuelta y mataron a Verminaard. Ochocientas personas, entre hombres, mujeres y niños, huyeron hacia el sur y se las ingeniaron para burlar a los perseguidores. Se refugiaron en cuevas con la esperanza de poder pasar allí el invierno.

»Entretanto, un draconiano aurak, enmascarado como Verminaard, reunió una fuerza de dragones rojos y emprendió la persecución de los antiguos esclavos, que no tuvieron más remedio que huir del valle y buscar refugio con los enanos en el reino perdido de Thorbardin. Éstas aventuras se relatan en el libro *El Mazo de Kharas*.

»Durante ese tiempo, Laurana siguió viajando con el grupo. El peligro, la pena y el miedo la obligaron a madurar. La muchacha en otro tiempo consentida y testaruda se convirtió en una joven seria y juiciosa. Utilizó las artes diplomáticas aprendidas en la corte de su padre para ayudar a Elistan en su labor, y Tanis descubrió que le encantaba aquella preciosa joven, tan distinta a la muchacha que había conocido. Empezó a enamorarse de ella y a sentirse dividido por los sentimientos. ¿A cuál de las dos mujeres amaba de verdad? En cuanto a Laurana, el amor que sentía por él no flaqueó nunca.

»Después de tantas adversidades y peligros, los héroes encontraron el Mazo de Kharas y se lo devolvieron a los enanos, que, a cambio, permitieron que los refugiados se quedaran en Thorbardin hasta que hallaran un modo seguro de viajar a un nuevo hogar. Tanis y su grupo se pusieron en camino hacia la ciudad portuaria de Tarsis, donde comprarían pasaje en los barcos de blancas alas para los refu-

giados que buscaban una nueva tierra a la que llamar suya. El periplo y las aventuras a lo largo del camino se describen en *La tumba de Huma*.

»En cuanto a Kitiara Uth Matar, siguió un camino diferente al de sus amigos. Mientras ellos recorrían la senda de la luz, ella caminaba por la que conducía a la oscuridad. Se unió al ejército de los dragones de la reina Takhisis, y no tuvo que pasar mucho tiempo para que la destreza y la ambición de Kitiara la auparan al cargo de Señor del Dragón del Ejército Azul, de manera que en gran parte de Ansalon se la conoció como la Dama Azul.

»Las aventuras particulares de Kitiara y Laurana y lo que les aconteció en este período de tiempo nunca se han relatado... hasta ahora. En el libro *La Dama Azul*, las dos mujeres con protagonismo en la vida de Tanis Semielfo emprenden por separado periplos peligrosos que las conducen a los mayores desafíos que habrán afrontado hasta ese momento. Yo misma juego un pequeño papel en esta historia.

»Todo empezó...

# PRIMERA PARTE



## PRÓLOGO

Habían pasado más de trescientos años desde la última vez que oyó el sonido de una voz humana. O, más bien, desde la última vez que oyó hablar a un humano. Desde entonces había oído gritos; gritos de los que habían llegado al alcázar de Dargaard para enfrentarse a él, gritos que acababan en boqueadas y gorgoteos mientras se ahogaban en su propia sangre.

Lord Soth no tenía paciencia con esos necios. No tenía paciencia con quienes llegaban buscando el supuesto tesoro que guardaba. No tenía paciencia con los que iban con la aguerrida misión de librar al mundo del mal que él representaba, porque sabía la verdad. ¿Quién mejor para saberlo que quien antaño había cabalgado en busca de sus propias hazañas caballerescas? Sabía que los caballeros eran egoístas, egocéntricos, interesados sólo en la gloria y en oír sus nombres en boca de los bardos. Vislumbraba a través de la brillante armadura los puntos de oscuridad que ennegrecían sus almas. El valor les rezumaba por esos poros, se perdía cuando les hacía frente y caían de rodillas con un tintineo de las brillantes armaduras para suplicarle clemencia.

Lord Soth no podía dar lo que no tenía.

¿Quién había mostrado clemencia con él? ¿Quién había oído sus gritos? ¿Quién los oía ahora? Los dioses habían regresado, pero él era demasiado orgulloso para pedir el perdón de Paladine. Lord Soth no creía que se le concedie-

ra ese perdón, y, en el fondo, el Caballero de la Muerte pensaba que no debía concedérsele.

Sentado en el trono del gran salón de su ruinoso alcázar, seguía escuchando noche tras noche, en una sucesión inabarcable, a los espectros de las elfas malditas que estaban condenadas a cantar igual que él estaba condenado a oír la balada de sus crímenes. Cantaban sobre un valeroso y gallardo caballero cuyas pasiones antojadizas lo empujaron a seducir a una doncella elfa y dejarla embarazada. Cantaban sobre la esposa traicionada a quien se quitó de en medio de manera muy oportuna para que a la doncella elfa se le diera la bienvenida al alcázar de Dargaard. Cantaban sobre el espanto de la nueva esposa cuando descubrió la verdad y de sus plegarias a los dioses tratando de convencerles de que aún quedaba algo de bondad en Soth y suplicándoles que le concedieran una posibilidad de salvación.

Cantaban sobre la respuesta de los dioses: a lord Soth se le daría el poder de persuadir al Príncipe de los Sacerdotes de que abandonara la idea de proclamarse a sí mismo dios y de ese modo prevenir la cólera divina. Soth podría evitar el desastre del Cataclismo, salvar la vida de miles de inocentes, legar a su hijo un nombre del que se sintiera orgulloso. Cantaban sobre el viaje de Soth a Istar, resuelto a salvar a la humanidad aunque él mismo pereciera. Cantaban sobre su papel, el de aquellas elfas malditas que le salieron al paso en la calzada para contarle mentiras sobre su amada. Cantaban sobre citas secretas con otros hombres y sobre una criatura que no había engendrado él.

Cantaban sobre la ira de Soth mientras cabalgaba de vuelta a su castillo y de cómo ordenó que su esposa se presentara ante él y cuando la tuvo delante proclamó que era una puta y su hijo un bastardo. Cantaban sobre los terremotos cuando la montaña ígnea arrojada por los dioses se estrelló contra Istar y que con las sacudidas la gran lámpara, resplandeciente por los centenares de velas encendidas, cayó del techo y se precipitó sobre su esposa y su hijo.

Cantaban sobre cómo los habría podido salvar, pero, consumido por el odio y la sed de venganza, vio prenderse fuego al cabello de su esposa y oyó los gritos frenéticos del pequeño cuando la tierna carne se cubrió de ampollas y se abrasó. Todas las noches cantaban sobre cómo giró sobre sus talones y empezó a alejarse.

Por último cantaban —y por siempre jamás oiría la maldición que le echó su esposa— que viviría para siempre, un caballero encadenado a la muerte y a la oscuridad, obligado a recordar sus crímenes constantemente mientras el tiempo discurría, los minutos interminables como horas, las horas interminables como años, los años vacuos y vacíos y tan fríos como sólo pueden serlo los muertos irredentos.

En todos esos años hacía tanto tiempo que no había oído una voz dirigiéndose a él que, cuando una le habló, durante un instante creyó que era parte de sus cavilaciones y no hizo caso.

—Lord Soth, te he llamado tres veces —dijo la voz en tono imperioso, furiosa porque no le había hecho caso—. ¿Por qué no respondes?

El caballero muerto, cubierto con la armadura ennegrecida por el fuego y manchada de sangre, escudriñó a través de la visera del yelmo. Vio una majestuosa y bella mujer, oscura y cruel como el Abismo que gobernaba.

—Takhisis —dijo sin incorporarse del sillón.

—Reina Takhisis —replicó con desagrado y dando énfasis al título.

—No eres mi reina —contestó él.

Takhisis le asestó una mirada iracunda y su aspecto cambió. Se transformó en un enorme dragón con cinco cabezas que se retorcían al tiempo que siseaban y escupían. La criatura terrorífica se irguió, imponente, ante él y todas las cabezas bramaron con ira.

—¡Los dioses de la Luz te hicieron lo que eres, pero yo puedo destruirte! —siseó Takhisis. Las cabezas de dragón, con los colmillos goteantes de saliva, se abalanzaron hacia

él en un gesto amenazador—. Te arrojaré al Abismo y te destrozaré, te haré sufrir y te torturaré por toda la eternidad.

Antaño, la cólera de la diosa había destruido un mundo, pero lord Soth no se acobardó ante ella; no cayó de hinojos ni tembló de miedo. Siguió sentado en el trono, alzados hacia ella los ojos que ardían como una llama estable y constante, sin temor ni inquietud.

—¿Qué diferencia habría entre esa existencia atormentada y la que sufro ahora? —le preguntó con voz queda.

Las cinco cabezas interrumpieron las arremetidas amenazadoras y se quedaron suspendidas sobre él, desconcertadas. Al cabo de un momento, el dragón se esfumó y la mujer reapareció con una sonrisa en los labios.

—No he venido a pelear, milord —empezó en un ronroneo seductor, persuasivo—. Aunque me has lastimado, aunque me has herido profundamente, estoy dispuesta a perdonarte.

—¿Y cómo te he lastimado, Takhisis? —preguntó, y a pesar de que no quedaba ni rastro de su semblante a la diosa le dio la impresión de que le dirigía una sonrisa sarcástica.

—Sirves a la causa de la oscuridad... —empezó la diosa.

Lord Soth sacudió la cabeza en un gesto negativo, como diciendo que no estaba al servicio de ninguna causa, ni siquiera la suya propia.

—... y sin embargo, te mantienes alejado de la gloriosa batalla que estamos librando —continuó Takhisis—. El emperador Ariakas estaría orgulloso de tenerte a sus órdenes...

La llama de los ojos de lord Soth titiló, pero Takhisis estaba tan apasionadamente inmersa en su empresa que no lo vio.

—No obstante, aquí estás, encerrado en este alcázar renegrido —prosiguió con acritud—, lamentando tu sino mientras otros disputan tus batallas.

—Por lo que he visto, señora, tu emperador está ganando las suyas —contestó Soth con acritud—. Gran parte de Ansalon está bajo su dominio actualmente. No nos necesitas ni a mí ni a mis fuerzas, así que márchate y déjame en paz.

Velados los ojos bajo las largas pestañas, Takhisis miró al caballero muerto. Los oscuros mechones de cabello ondeaban al impulso del viento helado que se colaba a través de los muros agrietados y desmoronados.

—Cierto, estamos ganando —confirmó—, y no me cabe duda de que al final saldremos vencedores. Sin embargo, esto te lo diré a ti y sólo a ti, milord. No hemos aplastado a los dioses de la luz tan fácil y rápidamente como había previsto. Han surgido ciertas... complicaciones. El emperador Ariakas y mis Señores de los Dragones agradecerían tu ayuda.

Así que ciertas complicaciones. Lord Soth estaba al tanto de esas «complicaciones». Uno de esos jactanciosos Señores de los Dragones había muerto, todos los demás deseaban la Corona del Poder para sí mismos, y aunque en público bebían vino en la copa de la concordia, en privado escupían al suelo. Los elfos de Qualinesti habían escapado del ejército de los dragones que había ido a aniquilarlos. Los enanos de Thorbardin habían derrotado a componentes de ese mismo Ejército Rojo y habían expulsado a la oscuridad del interior de la montaña. Los caballeros solámnicos habían caído derrotados, pero todavía no estaban acabados. Sólo necesitaban un adalid que los capitaneara y en cualquier momento podía surgir uno de sus filas.

Los dragones de colores metálicos, que hasta ese momento se habían mantenido al margen del conflicto, empezaban a sentir desasosiego, a pensar que quizá se habían equivocado. Si los poderosos dragones dorados y plateados de Paladine entraban en liza del lado de la luz, los dragones rojos y azules, así como los verdes, negros y blancos, iban a tener serios problemas. Takhisis tenía que conquistar

inmediatamente Ansalon, antes que los dragones de colores metálicos tomaran parte en la guerra; antes que los ejércitos de la luz, ahora divididos, entraran en razón y crearan alianzas; antes que los Caballeros de Solamnia hallaran un héroe.

—Te propongo un trato, Takhisis —ofreció lord Soth.

En los ojos oscuros de la reina hubo un destello de ira. No estaba acostumbrada a negociar arreglos, sino a dar órdenes y a que se la obedeciera. No obstante, tuvo que tragarse la rabia. Su arma más eficaz era el terror, y su aguzado filo estaba embotado y era inservible contra el Caballero de la Muerte que lo había perdido todo y, por ende, no tenía nada que temer.

—¿Qué trato propones?

—No puedo servir a alguien a quien no respeto —dijo Soth—. En consecuencia, prometeré lealtad y pondré mi ejército al servicio del Señor del Dragón que tenga el valor de pasar la noche en el alcázar de Dargaard, solo. O, digamos más bien, al Señor del Dragón que logre sobrevivir una noche a solas en el alcázar de Dargaard. Ése Señor del Dragón tendrá que aceptar voluntariamente, no coaccionado por ti o por cualquier otro —añadió lord Soth, conocedor de cómo funcionaba la mente de la diosa.

Takhisis le asestó una mirada colérica, en silencio. Si no lo necesitara, lo habría despachurado entre los anillos serpentinales de su ira, lo habría despedazado con las garras de su furia y lo habría devorado con las fauces de su odio.

Pero lo necesitaba, mientras que él a ella, no.

—Comunicaré tu mensaje a mis Señores de los Dragones —aceptó finalmente Takhisis.

—Tendrá que venir solo —repitió Soth—. Y por voluntad propia, sin coacción.

La diosa no se dignó contestar. Le dio la espalda y, entrando majestuosamente en la oscuridad que gobernaba, lo dejó para que siguiera escuchando una y otra y otra vez la amarga canción de su trágica vida.

## 1

*Grag informa al emperador  
La Dama Azul sufre un sobresalto*

El otoño estaba avanzado y las hojas, de colores otrora llamativos y sugerentes, caían ahora al suelo. El viento esparcía sus restos quebradizos y marchitos en espera de que el piadoso manto de las nieves invernales los sepultara.

El invierno casi había entrado en Ansalon y con él llegaría el final de la temporada de campaña. Las fuerzas de Takhisis, a las órdenes del emperador Ariakas, tenían ocupada gran parte de Ansalon: desde Nordmaard, al oeste, hasta Kalaman, en el éste; desde Goodlund, al norte, hasta Abanasinia, en el sur. El emperador planeaba conquistar el resto del continente y la reina Takhisis esperaba impaciente a que actuara de acuerdo con tal programa. Quería que siguiera adelante con la guerra, pero se le informó de que eso era imposible. Los ejércitos no podían marchar por calzadas que la nieve hacía intransitables. Las carretas de suministro se precipitaban a barrancos al abrirse camino por pasos cubiertos de escarcha o se quedaban atascadas en senderos embarrados. Era mejor esperar hasta la primavera. El invierno era una época para ponerse cómodo, descansar y sanar las heridas de las batallas del otoño. Los ejércitos resurgirían en primavera, fuertes y renovados.

Sin embargo, Ariakas le aseguró que el hecho de que sus soldados estuvieran inactivos no significaba que la guerra no siguiera disputándose. Estaban en marcha intrigas y